



LA HOJA de PARRA



EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º

Apartado 547.

Horas: de nueve mañana á una tarde

CARAS BONITAS

SUMARIO

- VICENTE VEGA
Sección vermouth.
- EDUARDO ZAMACOIS
La canción eterna.
- CATULO MENDES
El indiscreto.
- CÉSAR JALÓN («CLARITO»)
«Cantillana», fenómeno.—Dimes
y diretes.
- SALVADOR VALVERDE
Aquí...
- LEOPOLDO CASTROJERIZ
Cuentos mozos contados por un
viejo: Del dicho al hecho...
- FANDOR
Indiscreciones galantes: Raquel
Meller.
- ADOLFO SANCHEZ CARRERE
Anuncio incobrabable.
- CARLOS MIRANDA
Las bolleras.
- LUIS F. ROS
El amor en Yokohama.
- MATEOS, BÉTICO, TINO, RIN-
CÓN, PRUDENCIO IGLESIAS
HERMIDA, ARANDA Y ME-
NOYA
- Varios dibujos y retratos de Ama-
lia Manfredi y Juan Solís («Can-
tillana»).



AMALIA MANFREDI

Excelente bailarina que actúa con éxito extraordinario en Remea, y una de las mujeres más bellas de nuestro país. De nuestra portada: «Caras bonitas». Por cierto que no es sólo con este título con quien está en carácter.

5 céntimos



Una industria nueva.

UN Chico del Instituto», que da ciento y raya en cuestiones de filología y lingüística á todos los catedráticos del «Cardenal Cisneros», comentó hace días en un diario el rótulo que se lee en una tienda de cierta calle, sacando tan donosas consecuencias y haciendo tan sabrosos comentarios, que quizá parezca de la más ridícula fatuidad el que yo, yo... ¿y cómo diablos me denomino yo cuando el admirable escritor á que me refiero se da á sí propio el modestísimo nombre de «Un Chico del Instituto»? Lo

¡NO TAN BARATAS!



—¡Vaya con las casas baratas! Mucha ley por arriba y ley por abajo; pero yo no encuentro quien me ponga un piso...

más á que yo puedo aspirar es á una plaza de bedel ú ordenanza en ese centro docente.

Creo necio é inútil salir diciendo ahora que no pretendo enmendar la plana al Maestro Cavía. ¡Qué duda cabe! Pero como aquí hay que ponerse muy pesado para que le entiendan á uno, conste que mi intención es «sólo la de servirlos un «vermouth» en las mejores condiciones posibles, y que don Mariano perdone el haber puesto «vermouth» donde debí poner «aperitivo».

Pues es el caso que yendo calle de Pelayo arriba y un poco antes de llegar á la de Gravina, y basta ya de señas, porque en LA HOJA DE PARRA se pagan los anuncios, hay una casquería que ostenta un cartel que dice: SE EXPENDEN INTERIORIDADES. ¿Eh? ¿Qué les parece esto á mis nomísimas lectoras? De mí sé decir, que si no fuera por la imperiosa necesidad de llenar varias columnas, aquí solitaria la pluma y dejaría que cada cual hiciera los comentarios por su cuenta. ¡Serían tan pintorescos! Yo, en cambio, tengo que escribir con el pensamiento fijo en el fruncido entrecejo del Fiscal. En fin, allá va.

Según parece, al colocar el cartelito mencionado, el honrado industrial dueño de la casquería sólo pretendió indicar que en su tienda se vendían despojos de vaca y de carnero. Vino luego «el maño de las ideicas», y dijo que, ateniéndose á la definición que de «interioridades» da el Diccionario, bien podía anunciar aquello la venta de chismes y cuentos, y ahora vengo yo que, tras de retorcer un tanto «la cosa», creo que ese cartelito podría servir de enseña á un establecimiento muy nuevo y muy «chic», que haría el caldo gordo al decidido industrial que se atreviera á explotarlo. ¡Ahí es nada, vender «interioridades»!...

PASANDO EL RATO



—Tiran bien estos cigarritos, ¿verdad?
—Sí, chica, con harta envidia por tu parte...

A esa tienda celestinesca iría el joven enamorado en busca de la perfumada liga de la diosa de sus pensamientos ó del perfume de su preferencia; iría el vejete, que á los sesenta años cree aún joven el corazón, en demanda de un filtro que decidiera en su favor á la hermosa que en vano pretende; iría el marido escamón en busca de pruebas de la infidelidad de su esposa, y con parecido motivo iría su mujer; tal vez no faltasen hombres y mujeres, que no tienen de eso más que el nombre, en acecho de las debilidades ajenas... Y no digo que fuera ningún poeta chirle en busca de la usada media de su amada para ostentarla como enseña, porque esto, si bien lo hicieron los antiguos, está demostrado que es una solemnísima porquería.

Ya veis si tendría parroquia la tienda; y contad con que no he hecho sino entresacar algunos tipos de los cientos de personas que á todas horas habrían de llenar el establecimiento. ¡Dejará, acaso, de acudir el prometido

que á los seis meses de relaciones con su futura se encuentre hecho papá de un chiquillo rubio y chato, cuando ellos dos son morenos y narigudos? El de los nueve de familia y mujer en estado de merecer, ¿no acudirá en busca de una barrera que contenga sus ímpetus fecundadores? Entre toda esta gente hallaría la tienda una parroquia segura y numerosa, á la que habría que añadir «las comadres, los maldicientes y los libelistas difamadores». ¡La sociedad toda sería asidua parroquiana!

Los proveedores ordinarios de tan original comercio pueden encontrarse entre las doncellas (en estado de criadas), los ayudas de cámara, las amas de gobierno, las ayas y señoritas de compañía, las porteras, los traperos...

¿Hay quien se anime y suelte las «perras»? Pues á ello, antes de que alguna ladina francesa ó algún frío y calculador inglesote se establezca en esa forma bajo el nombre de «La Discrete, société pour la vente d'affaires de famille», ó... ¡vaya usted á saber cómo se dirán estas cosas en inglés!

Y, por hoy, no va más.

VICENTE VEGA.

BUEN TRATO



—Aquí estarás muy bien, porque mi esposa se debe á los huéspedes.

LA CANCION ETERNA

(CUENTO MUY VIEJO)

HUBO un momento de silencio. La tarde, una tarde cálida de Primavera, declinaba.

En los ámbitos del gabinete silencioso resonaba el lejano rumor de los coches que huían rodando velozmente sobre el piso asfaltado de la calle.

En el techo de la habitación empezó á reflejarse la luz de los primeros faros encendidos.

—Qué bien se está así—exclamó Paquita—, lejos de todo, olvidada de todos, acariciando la ilusión de ser muy querida...

—Sí, es cierto...—repuso Enrique que se había detenido enfrente de un espejo, procurando arreglar con sus dedos febriles el nudo deshecho de su

carbata—. ¡Nadie te ha querido como yo!

—Nadie.

—¿Estás convencida de ello?

—Sí.

—Pocas mujeres podrán vanagloriarse de ser tan amadas.

—Muy pocas.

—¿Y tú, me quieres de igual manera?...

Ella abrió lentamente los perezosos párpados que el sueño cerraba.

—Sí... te quiero con... frenesí... Es una... idolatría...

Una laxitud invencible iba paralizando el curso de sus pensamientos.

Acababa de ser demasiado feliz para que su cuerpo rendido no experimentase la necesidad apremiante de morir para descansar, aunque sólo fuese con la muerte pasajera del sueño.

Dejó caer la cabeza hacia atrás.

Sentía que el principio consciente, ese «algo» misterioso, resorte indispensable de la vida, moría en ella.

Abrió los brazos... Luego, la boca.

Su respiración fué más lenta, más tranquila...

Su rostro adquirió esa placidez angelical que debe de producir la suprema bienandanza...

Y al fin se quedó dormida, sumida en un deleitoso nirvana.

Enrique, de pronto, se volvió.

—¡Paca!—dijo.

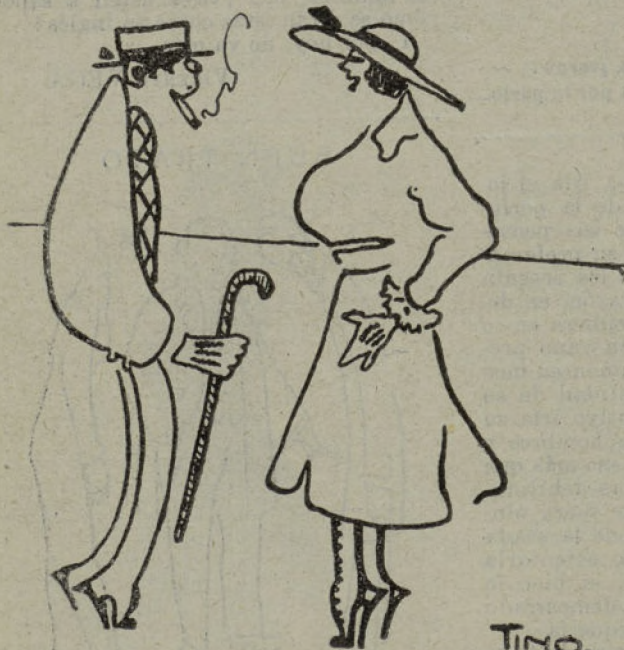
Ella continuó alentando blandamente, sin responder; una sonrisa, dulce como un canto de amor, vagaba en sus purpurinos labios entreabiertos.

—Paquita... —repitió Enrique—. ¿No oyes?

No obteniendo contestación, cogió un libro y fué á sentarse junto á la ventana, sintiéndose él feliz y emperzado por los voluptuosos effluvia de aquel atardecer primaveral.

En los cristales del

DESGRACIAS



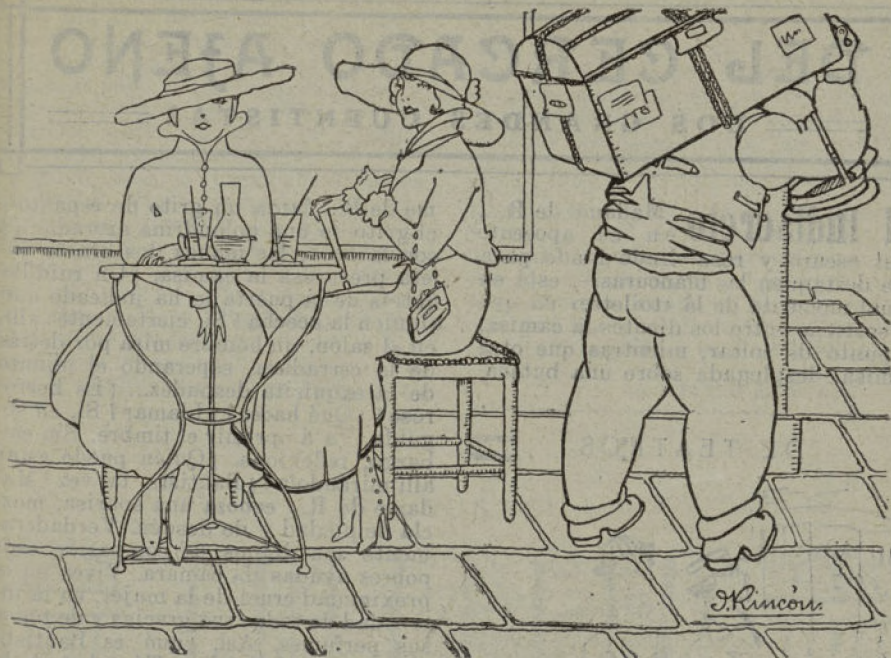
TINO.

—Pues, ¿sí, Rosita: mi mujer me ha sido arrebatada en tres días.

—¿Caramba! ¿De qué enfermedad?

—No ha sido por una enfermedad: me ha sido arrebatada por un amigo mío.

UNA «FORTALEZA»...



—¡Camará! Se ha cargado él solo el «mundo» entero...
 —¡Bab! De eso también soy yo capaz.

balcón, se reflejaba la luz de los primeros faroles encendidos.

En la oquedad de la habitación silenciosa resonaba el eco lejano de los coches que rodaban sobre las calles asfaltadas...

Luego, Enrique, aburrido, se levantó.

—Paquita, ¿no oyes? Anda, no seas perezosa... Paquita, vámonos...

Ella no contestaba: seguía dormida, alentando con su suave y blanda respiración de niña dormida. Entonces él se sentó á su lado, sobre el diván, como si repentinamente hubiese tenido el capricho de arrullar su sueño con un canto de amor...

—Paquita, Paca de mi alma... ¿te acuerdas?...

Se lo fué recordando todo: dónde se conocieron, sus primeras impresiones, los primeros balbuceos de su pasión... Fué un soliloquio muy tierno, muy largo...

Ella, no obstante, insensible al poderoso magnetismo de las grandes pasiones, continuaba durmiendo.

El, aburrido de aquel inútil discurso, se levantó para proseguir vistiéndose delante del espejo. De vez en cuando se volvía para arropar á la joven en una ardiente mirada de amor.

—Paquita—decía—, ¿vámonos!

Y pasados unos instantes:

—Niña de mi alma, ¿no oyes?... ¿No presientes que soy yo quien te llama?

Y ella, nada... ¡sin despertar!

De pronto, Enrique, al ponerse el chaleco, dejó caer inadvertidamente sobre el mármol del lavabo una moneda de oro, que redobló sobre la piedra ese agudo tintineo agujoneador supremo de la codicia. Y, entonces, Paquita, a enamorada Paquita, despertó brusca- mente, frotándose los ojos, sobresaltada por aquella voz misteriosa que acababa de susurrar en su corazón de pecadora la canción irresistible del oro.

—¿Qué sucede?—exclamó clavando en Enrique una mirada preguntona— ¿Cref que me llamabas...?

EDUARDO ZAMACOIS.

DEL CERCADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

El indiscreto Madame de R... en el aposento azul oscuro y rosa—lindo fondo para que destaquen las blancuras— está en aquel momento de la «toilette» en que se sostiene entre los dientes la camisa, a punto de soltar, mientras que otra camisa, desplegada sobre una butaca

DE TEATROS



—Oye, tú: ¿has visto «Reir por fuerza»?

—No. Pero me figuro que eso se hará en el Cómico, porque la Loreto ríe sus chistes, y si el público no la secunda, se enfada mucho...

espera. Un minuto—menos que un minuto, el tiempo de aparecer y de desaparecer, como náyade á flor de agua, en el cristal del espejo—, y la espléndida beldad quedará desnuda. Abre ya los labios; van á caer los «valencienes» como nivea cascada... Pero mada-

me de R... lanza un grito de espanto— el grito de una golondrina azorada—, y con la boca, las manos, los brazos sujeta presurosa la camisa. ¡Un ruidillo detrás de la puerta le ha indicado que alguien la acecha! Sí, ciertamente: allí, en el salón, un hombre mira por detrás de la cerradura, esperando el minuto de la exquisita desnudez... ¡Es horroroso! ¡Qué hacer? ¡Llamar! Sí, en seguida. Va á oprimir el timbre. Sin embargo, reflexiona. ¡Quién puede estar allí mirándola? ¡Bautista, tal vez? Madame de R... esboza una sonrisa, mezcla de piedad y de desdén. Verdaderamente son dignos de compasión esos pobres ayudas de cámara. Viven en la proximidad cruel de la mujer, en la intimidad de todas sus gracias y de todos sus perfumes. Así, ¿qué es Bautista sino otro infelícísimo Tántalo? A la larga, tal situación ha de ser excesivamente penosa. Y, en verdad, que no se podría, bajo ningún pretexto, admitir las condescendencias culpables que el Diabolo Cojuelo reprocha á más de una mundana. ¡Horror! ¿Cabe imaginar semejante extravagancia? Pero, en fin, sin llevar las cosas al extremo, acaso se podría, de vez en cuando, sin hacerlo adrede, por casualidad, dar un consuelo furtivo á esos desdichados... ¿Sería mucha concesión la de una gota de agua al sediento ladrón del néctar olímpico?... No, no es Bautista quien observa por el agujero de la cerradura: ahora recuerda que está desempeñando un encargo en casa de la modista. ¡El hijo de la vecina, tal vez?... Un colegial de quince años, con brasas en los ojos, que se cuela siempre en casa de madame de R... para pillar novelas en la biblioteca. No es extraordinario que esos muchachos miren á las mujeres con aire codicioso. —een y oyen tantas cosas! En Ovidio, en Virgilio, sonrientes y semidesnudas, bajo los laureles rosa ó detrás de los sauces, se adormecen las Venus ó huyen las Galateas.

¡La Mitología! ¡Qué mundo de ideas sugiero! ¡Acaso las gasas que apenas

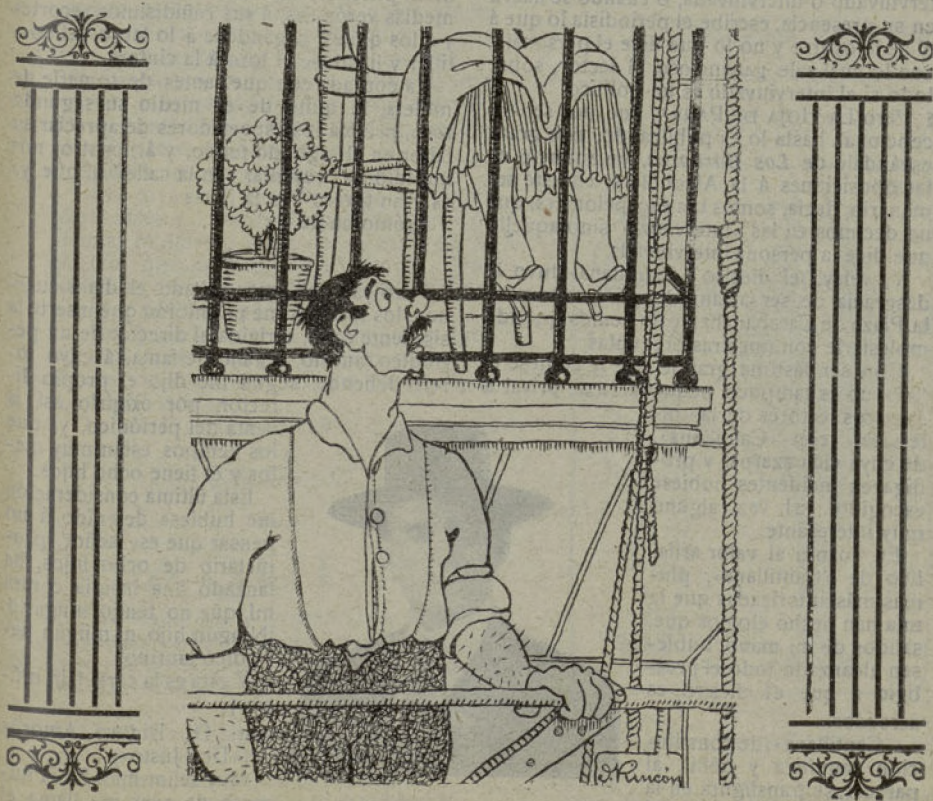
velan las formas, y los desnudos brazos de las ninfas y bailarinas de las comedias de magia, bastan á reanizar los ensueños de esos jovencillos!... ¡Qué éxtasis el suyo si les fuese dable reconocer de pronto, plenamente, en una deliciosa mujer sin velo, la viviente quimera de los Inmortales!...

¿Quién sabe si Clementina habrá introducido sin prevenirla—¡es tan aturdida esa doncella!—á algún visitante iluso, á cualquiera de esos gomosos insustanciales, necios y cargantes? ¡Ah, sí!... ¡Pues tanto peor! Sea quien fuere, Bautista, el colegial ó el gomoso, madame de R... tiene prisa, le es preciso vestirse. Es posible también que hayan sufrido en-

gaño; acaso en el salón no esté nadie. Así, no piensa ya llamar; deja á los encajes que escapen de su boca, y luminosa estatua de nieve, levanta los brazos y se mantiene en pie delante del gran cristal azogado, sin turbación, con impudor generoso. Pero, de pronto, vuelve á asustarse, y, llena de vergüenza, teñido de rosa por el rubor su divino rostro y estremecido el esbelto cuerno, corre á ocultarse tras las cortinas de la cama, despavorida, exclamando: «¡Es horrible!»; pues una tosecilla que ha sonado en el salón le ha revelado que el indiscreto que acecha tras de la puerta ¡es su marido!

CATULO MENDES.

UN SUSTO



—¡Por Dios, señorita, que también á mí se me han puesto los pelos de punta!



Nuestros artistas y la guerra

«**Cantillana**», fenómeno.—Dimes y diretes.

Ocurre que la mayoría de las «interviews» con los artistas y con los políticos, que no suelen tener nada de artistas, son apócrifas. Casi todas se redactan á espaldas del entrevistado ó entrevistada, ó cuando se hacen en su presencia, escribe el periodista lo que á él se le ocurre y no lo que dice el personaje, con lo cual sale ganancioso el lector, sobre todo si el entrevistado es un político.

¶ Pero LA HOJA DE PARRA, que, por ser excepcional, hasta lo es publicando, con grave escándalo de *Los Bárbaros*, un anuncio de las oposiciones á la Alcohólera; en este semanario, decía, somos tan excepcionales, que no decimos en las «interviews» sino aquello que dice la persona entrevistada.

Y, ¡velay!, el diestro «Cantillana» tuvo la desgracia de ser alcanzado por un toro en la Plaza de Carabanchel, y no hemos querido mostrarle con nuestras preguntas.

Con ser lástima grande que le cogiese el toro, no es tampoco pequeña la de privar á nuestros lectores de la «interview» con «Cantillana», de cuya vida azarosa y pródiga en incidentes hubiese escogido, tal vez, alguno muy interesante.

En cuanto al valor artístico de «Cantillana», plumas más autorizadas que la mía han hecho elogios que, salidos de mi mano, hubiesen alcanzado todo el prestigio á que el diestro es acreedor.

«Cantillana», de constitución raquítica y débil, al parecer, se transfigura en la Plaza, irguiéndose como el otro fenómeno—también

débil cuando viste de paisano—y dominando como él el toreo clásico y ceñido de la escuela rondeña.

Su actuación en el coso taurino de Vista Alegre correspondió á la expectación despertada entre los aficionados, y el público en masa puso el vistobueno á las verónicas y medias verónicas, á sus ceñidísimos recortes y á los quites, pegándose á lo largo del costillar y liándose el toro á la cintura.

La cornada con que, antes de tomarle de muleta, le quitó de en medio su segundo toro, privó á los espectadores de apreciar su labor en el segundo tercio, y á nosotros nos impidió de presentar «en la calle» al que ya es gran torero «en la Plaza».

¡Cómo ha de ser!



Pero ya que hemos echado el día á cuernos, los lectores me permitirán que inserte la siguiente carta, dirigida al director de un periódico taurino, órgano de fama, á cuyo torero defiende, según me dijo el propio director, por exigirlo así la venta del periódico, ya que los tiempos están muy malos y él tiene ocho hijos.

Esta última consideración me hubiese detenido, á no pensar que ese señor, propietario de ocho hijos, ha lanzado una insidia contra mí, que no tengo ninguno. ¡Ningún hijo, ni ningún periódico taurino!

Y esta es la carta (sin música).

«Sr. D. Isidoro Amorós («Don Justo»).

Muy señor mío: En el número de ayer me llama el papel de usted «amigo de



JUAN SOLÍS («CANTILLANA»)

apoderados», y se dice que yo afirmé en el café Colonial que el papelucho sin bravura á que hizo referencia Prudencio Iglesias era *Kafé Kon Media*, y, por consiguiente, que el hijo del presidiario y demás piropos era usted.

Lo que yo dije y repetí á usted personalmente fué que mi opinión «como lector», no como redactor de *El Liberal*, era, y «es», que para usted y su semanario habían sido escritos tales adjetivos.

—¿No le parece bastante explicación «esta»? — me preguntó usted, mostrándome la cuartilla aclaratoria (!!) de Iglesias.

— Señor — contesté yo — á quien tiene que parecerle ó dejarle de parecer es á usted. A mí me ocurre como cuando le llaman cornudo al vecino de enfrente. ¡Allá él y su señora con las explicaciones!

Y no pasó más. Yo lamento que un señor que se cree llamado hijo de presidiario y otras lindezas tenga que acudir á mi testimonio para asegurarse de la verdad.

Lamento asimismo que Iglesias no haya querido decir á «Don Justo» á quién aludía en su artículo, camino, á juicio mío, el más recto para desvanecer las falsas hipótesis.

Y lamento, por fin, que se me llame «amigo de apoderados», por serlo tan sólo del de un modesto novillero que gana menos de mil pesetas en cada corrida.

Y ahora, tres conclusiones; á saber:

Que yo pienso lo mismo de la Virgen María antes del parto y después del parto; de Gaona, lo mismo antes de su carta de *El Bóvido* que después de ella, y de «Don Justo», lo mismo antes de la cuartilla de Iglesias que después de ella.

¡Ah! Y que á pesar de ser amigo de apoderados, todavía no me han visto con el de Gaona en momentos críticos para ningún semanario taurino.

De usted seguro servidor, que besa su mano,

CÉSAR JALÓN («CLARITO»).

AQUI...

Las hojas secas y amarillas iban cayendo lentamente de los árboles, y besando la plana superficie de las sendas simétricas del parque.

El viento iba jugando con las hojas, que pasaban, llevadas por el aire, desde la rubia arena del camino á las dormidas aguas del estanque.

Colgada de mi brazo, ella marchaba por el camino aquel, aquella tarde, fulgurando el amor y la alegría en sus divinos ojos admirables.

Hoy, vuelvo solo á ver aquella senda, aquel rincón ameno y adorable. Aquí se deslizó mi dulce idilio bajo el dosel florido de los árboles.

Aquí, de amor y de ventura trémulo, entre mis brazos la estreché una tarde cuando envolvía el sol á los jardines en un tibio crepúsculo de sangre.

Aquí sentí la fresa de su boca sobre mis finos labios estrujarse, y el leve cosquilleo de sus rizos las venas de las sienes abrasarme.

Aquí sentí temblar sobre mi pecho sus diminutos senos virginales, y de su corazón el lento ritmo sobre mi corazón acelerarse.

SALVADOR VALVERDE.

PAZ A LOS NERVIOS



—Vamos, rico, déjate de juegucitos con el bastón.

—Pues es muy bueno.

—Muy bueno y muy inteligente: parece una persona.

CUEENTOS VIEJOS CONTADOS POR UN MOZO

DEL DICHO AL HECHO...

Nada hay grande en este mundo.

(Yo, filósofo.)

PEPITA y Gustavo son novios, ó, mejor dicho, prometidos. Se quieren... una barbaridad. La fecha de la boda está muy próxima, y Pepita y Gustavo pasean, las manos entrelazadas, por el frondoso jardín de la casa de los padres de Pepita.

El amoroso diálogo está impregnado de la dulce intimidad de los que muy pronto han de habitar bajo el mismo techo y compartir el tálamo.

De pronto, Gustavo es acometido por un imperioso deseo. Deja á su novia en el centro de una avenida de mimbreros, y se dirige á unos matorrales próximos. Pepita, con disimulo, le sigue, da la vuelta á los matorrales, mira, se ruboriza y vuelve á la avenida.

Cuando Gustavo regresa, le extraña el asustado semblante de su prometida.

RAZÓN QUE CONVENCE



—Pero, Luis, cuando yo te digo que no es verdad...

—¡Oh! Lo sé seguramente.

—Hombre, comprenderás que si te hubiese engañado, más seguramente lo sabría yo...

RETIRADA ESTRATÉGICA



—¿Y te vas así... Dolorcillas?

—Así mismito.

—¡Hija, me dejas frío!

—Ya tú ves; pues yo me creía todo lo contrario.

—¿Qué tienes, nena?—interroga cariñoso.

—Nada..., nada...—balbucea ella casi llorosa.

—A ti te sucede algo...

—No.

—Sí. ¿Qué te ocurre?

—Pues... que... ¡yo no puedo casarme contigo!

Y Pepita rompe á llorar de una manera tan desconsoladora, al propio tiempo que, con menudos, pero rápidos, pasos, se dirige hacia la casa de sus padres.

Gustavo corre tras ella, y sujetándola dulcemente por un brazo:

—Pero, Pepita, ¿qué tonterías dices? ¿Tú sabes lo que has dicho?

—Sí...—gimotea ella—. Que ya no me caso contigo...

—Pepita, vas á volverme loco.

—¿Que no me caso, no!...

—Pero ¿por qué, criatura?

—Pues por... pues por... ¡Que no me caso, ea!

Y, roja como una cereza, intenta desasirse de los brazos de Gustavo.

—¿Pero tú crees—dice éste—que voy á dejarte marchar sin que me digas la causa de este rompimiento?

—Por eso, por eso no me caso con-

tigo—exclama Pepita al oír lo del rompimiento.

—¡Por él?... Mira, Pepita, serénate; siéntate aquí, junto á mi, en este rústico banco, y dime con toda claridad qué ó quién te ha inducido á romper de una manera tan brusca nuestras relaciones, cuando éstas se hallan en su apogeo y próximas á un venturoso fin.

Pepita, estrechada á preguntas por su prometido, dice trabajosamente:

—Yo te quiero mucho... Pero verás...: cuando hace un rato te apartaste, yo... fui detrás... inconscientemente, ¿sabes?, y, sin saber cómo, me encontré á pocos pasos delante de ti...; tú no me viste porque estabas mirando al suelo.

Gustavo, hecho un «paquete», no puede adivinar adónde va á parar aquello. De pronto, creyéndose ofendido en lo más íntimo de su virilidad, exclama un sí es ó no es enojado:

—¡Acaso, Pepita, me crees incapaz de llenar á tu lado mi cometido de esposo amante?

—No, no; todo lo contrario. Te creo demasiado suficiente para ese cometido y... Y, precisamente, como soy tan poca cosa... Un día, recuerdo que me llamaste «delicada figurilla de Sèvres trabajada por los dedos de las buenas hadas»... Y tú... tus dedos son de tal dimensión, que destrozarían esta figurilla de porcelana...

Gustavo suelta una sonora carcajada. Su vanidad de hombre no puede aspirar á mayores elogios. Pero precisa convencer á Pepita de que no debe ser tan pusilánime...

—Verás, Pepita, verás. Mi... mis dedos, es verdad que tienen unas dimensiones considerables, á Dios gracias; pero no temas. Si ese dedo á que tú te refieres te parece demasiado grande, tengo otros más pequeños... que pongo á tu disposición. Y ahora, ¿estás conforme?

—¡No me engañas, Gustavo?

—No te engaño, Pepita. ¿Te casarás conmigo?

—¡Ay! Sí... ¡Qué despacio pasa el tiempo!

—¡Vida mfa!

—¡Mi amor!

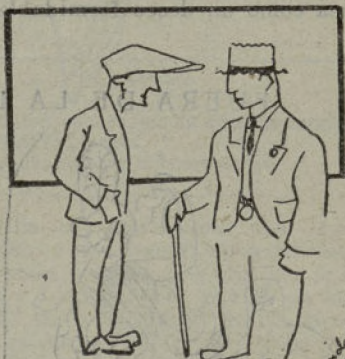
Y Pepita y Gustavo reanudan su paseo bajo la fresca umbría...

Y aunque Pepita dijera que el tiempo marchaba muy despacio, el día de la boda llega. ¿Qué no llega en este mundo? Muy de mañana empezó la broma

y la algazara, y á la hora de ahora, un reloj señala las once en punto de la noche; Pepita y Gustavo se quedan, ¡al fin!, solos. Un amorcillo se coloca ante la puerta de la alcoba de los jóvenes esposos, con un dedo sobre la boca, suplicando silencio, y en la otra mano un diminuto carcaz pronto á ser disparado contra el que osare violar aquella habitación, en donde muere una virgen... Respetemos la consigna del Amcr...

Todo es silencio en la casa. De cuan-

LA AFICIÓN



—A mí me ha dicho Retana que no «arri-naste» y que el toro no era manso.

—¡Pero si á ese «señó» no le «paece» manso ninguno!

do en cuando se escapan de la alcoba voces inarticuladas, suspiros entrecortados, rumor de besos... Hay un instante en que se oye la voz de Pepita que dice con acento de profundo deseo:

—La otra... la mayor...

Y al cabo de otro rato, vuelve á oírse:

—La otra... la más grande...

Transcurridos unos minutos, se oye run-run de ropas revueltas y la voz apagada de Gustavo, que pregunta:

—¿Adónde vas, Pepita?

—Pues á buscar un hilito para atar las tres juntas.

LEOPOLDO CASTROJIZ.

INDISCRECIONES GALANTES

RAQUEL MELLER

RAQUEL Meller es una figura trágica. Da la impresión dolorosa de una bayadera egipcia ó de una virgen pagana que sacrificó la rosa de su vida en holocausto á un dios de la Roma de los Césares.

Danzando ante el altar de unos dioses monstruosos, llevando en el cuerpo el fuego de todas las ansias que se marchitan como flores sin sol, ó cuidando del ara sagrada encendida en honor de una diosa sensual y lúbrica, sintiendo lubricidades y sensualidades en la sangre, hay tragedia intensa... Y ésta relampaguea como un deseo formidable en

la flexible escultura de Raquel Meller.

Y, al verla, parece verse un cuerpo que se retuerce en un goce que es dolor, y pone dolores de ansias no satisfechas en otros cuerpos.

En la cara egipcia de Raquel Meller brillan dos ojos atrayentes, enigmáticos, misteriosos, ojos de pecado, que unas veces son noche y gotas de morfina otras: dos anchas gotas de morfina que ponen ensueños de mágica lujuria en las mentes envenenadas.

Raquel Meller es una eminente canzonetista, una gran tonadillera, que antes fué una soberbia cupletista perversa.

Hoy, bajo la apariencia aristocrática del Arte, todavía late la antigua exaltadora, la hembra bravía.

Y de ella quiero tratar.

FUERA DE LA LEY



—¿Verdés que aquí se está como en el cielo?
—Igual, sino que al contrario; porque estas «estrellas» se encienden al amanecer, cuando se apagan las otras...

Raquel Meller ha sido una roja flor de lujuria trágica. Su mirar envenenaba, y su gesto atrevido flagelaba las carnes con ramalazos de deseos.

Cupletista del Salón Madrid, hacía temblar en ansias ante su cuerpo desnudo, tentador y provocativo, á un público lujurioso; en el Arnáu, de Barcelona, sus gestos obscenos encendían la sangre...

Yo quiero recordar á la cupletista de Cartagena, presa por orden de un cacique chulo que no logra saciar sus apetitos, encendidos al besar sus pupilas las carnes incitantes de la artista; quiero recordar á la cupletista del Duque, de Sevilla, poniendo ansias lúbricas en las carnes de los machos que la admiran y más tarde la esperan á la salida del teatro para raptarla y gozar de su cuerpo en una furia...; quiero recordar á la cupletista de Utiel...

Á aquella mujer-pecado, aquella artista grandiosamente perversa, mágicamente sabia, gloriosamente tentadora...

Porque así era Raquel Meller al comienzo de su vida

artística, y este fué el paso triunfal, acaso el más sincero que hizo por 'os escenarios... Dejar deseos, y arsas, y temblores de carnes, y vibrar de sangre, sólo lo consigue una artista muy mujer, ó una mujer muy artista. Pero Raquel Meller siempre fué más mujer que artista, siendo una artista inmensa.

Hablemos de Utiel, donde su gesto retrata su perversidad y su feminismo...

Una noche, la artista sicaléptica bordaba sus cuplés con el temblar de su carne incitante. Por la sala del teatro aleteó el Deseo, encendiendo las flores de todos los pecados... Y, de pronto, en un alarido de bestia en celo, el público en masa se arrojó al escenario. ¡Hubiera sido hermosa una fiesta pagana, grosera y bestial! Pero la perversa tuvo miedo, y huyó...

Huyó, perseguida siempre, por una puerta zaguera. Su amante cortó el paso á los machos, revólver en mano, mientras Raquel Meller se refugiaba en la fonda. Ya en su cuarto, moró (¿vergüenza ó rabia por su impotencia?), y al recriminarla el hombre que expuso su vida por salvar su honor de amante y decirla que se había visto obligado á detener el deseo colectivo revólver en mano, ella, institivamente, replicó:

— ¡Hiciste mal! ¡Debiste dejarlos!...

Esto era esa mujer, gitana ó egipcia: toda perversidad femenina, toda tentación, fuego, ansia y misterio...

Viéndola en las tablas he sentido mil veces todas las furias eróticas, todos los deseos lujuriosos, todas las fieras caricias de la carne en su revibrar de cálidos anhelos que eran tentaciones... Y creo que, como á mí, les habrá sucedido á cuantos hombres sientan esa refinamiento de la voluptuosidad, esa perversión exquisita de los goces trágicos, todo inmoralidad y todo grandeza... Yo hubiera rimado sobre sus carnes el poema de los besos-mordiscos y los abrazos-zarpazos; ese poema magno del chulo con la hembra dolorpecado...

Hoy... Raquel Meller es una eminente canzonetista que oculta, bajo el gesto distinguido, el fuego rebelde de su sangre; pero á veces brota en rebeldía, y surge ella, la antigua, como flor roja é incitante...

DISTRACCIONES



—Usted, señora, no ha querido conocerme; usted se lo pierde...

—¿Cuánto, poco más ó menos?

Vedla caracterizando una hembra apache, y decidme si no recordáis los arrabales de París, los muelles de Marsella y Lisboa... Las figuras de las viejas en los umbrales de las casuchas miserables, el cigarrillo en los labios venenosos, el relámpago en los ojos siniestros, y las manos, bajo el delantal rojo, esperando...

FANDOR.



ANUNCIO INCOBRABLE

A una moza robusta un labriego
decía admirado:

— ¡Eso es carne!... ¡De qué buena gana
te daba un «bocao»

más abajo de la rabadilla!...

Y un guarda-jurado

le gritó:—¿«Quiés» probar mi escopeta?

¡Vaya un culatazo!

Y un pastor:—Ven acá, buena moza,

que en este rebaño

faltas tú... ¡Como no tengo perro

se me va el ganao!

.....
Para darles «jabón» á las hembras,
las «flores» del campo!

ADOLFO SANCHEZ CARRERE.

LAS BOLLERAS

Casta y Pura son las dos dueñas de una bollería que existe en la travesía de Moriana, veintidós.

Casta tiene todo el tipo de una inglesita, y á mí me parece una «gachi» de esas que quitan el hipo.

Pura es tan exuberante, que no reñiré si os digo que es una mujer «de abrigo» por detrás y por delante.

Y ambas por hacer honor á sus respectivos nombres,

DE BUEN CARÁCTER



—Eres un injusto tratándome mal, cuando no hay nadie más amable que yo para con todo el mundo.

—Pues precisamente de eso me quejo yo...

no permiten á los hombres que les hagan el amor.

Y, usando de una española frase corriente y moliente, dicen las dos francamente: «Yo me entiendo y baño sola.» juntas, si que lo sé yo.

Que hallen solas ó no, lo ignore; mas que se entienden, y hacen bollos y los venden

No separarse en la tienda nunca jamás, es su encanto,

y es de creer que otro tanto les ocurre en la trastienda.

Como vienen á ser de cuerpos con una sola alma, viven en perpetua calma por obra y gracia de Dios

Los varones las empachan y, sin duda á causa de esto, cuando uno va, le «despaclan» con avinagrado geste.

Con las hembras, todavía se muestran más despegadas, y así es que la bollería va dando las boqueadas.

Yo opino, caro lector, que si admitieran un «socio» para su industria, el negocio les iría algo mejor...

Pero ni una ni otra quieren «calzones» en su comercio; y aunque les haga mal tercio, vivir solitas prefieren.

Y se exponen á un fracaso total la Casta y la Pura porque á mí se me figura que corren hacia el traspaso...

¿No irían mucho mejor con su fábrica de bollos, si se exhibiesen dos pollos guapos tras el mostrador?

Yo, por mi nombre de Carlos Miranda, juro que si; puesto que irían allí las hembras por «admirarlos».

Mas ¿quién convence á las dos dueñas de la bollería que existe en la travesía de Moriana, veintidós?...

Yo ni lo intento siquiera; porque, cuando á una mujer se le mete en la mollera, huir del hombre y ser bollera, ni Dios la ha de convencer:

CARLOS MIRANDA.

EL AMOR EN YOKOHAMA

KAITI Shogun, al recibir de manos de su adversario una bofetada en pleno rostro, sintió que su sangre no era amarilla, ni fría como la de los cangrejos, sino tan roja como la de cualquier mortal bien templado y

tan ardiente como la lava que arroja el Kirisima-yama, sobre la gran isla de Kiou-Siou; y apareciendo a su cerebro medio trastornado la fatídica imagen de su pequeña daga de cabo de songhis, ciego por la ira, que ponía ante sus ojos una venda roja, y con la innata y peculiar agilidad japonesa, introdujo una parte de veinticinco «sens» de daga en el vientre de su contrincante, que cayó al suelo llevándose las manos á la herida como para contener los intestinos que se salían, y sin poder articular más palabras que estas: «¡Kimi, gayo, wa!»

Entonces, Kaiti Soghum, aterrorizado ante la vista de su enemigo agonizante, y completamente manchado de sangre, huyó desatentado sin saber adónde, por las calles de Kanagaba, barrio japonés de Yokohama.

Y ¡oh, misterioso poder del amor en los pueblos extremo-orientales! Cuando se detuvo Kaiti, sin aliento, estaba frente á la casa de la mujer que amaba. Impelido por una atracción como agnética (tal vez por el olor), entró precipitadamente como Pedro por su casa; y sin encomendarse á Tai-yo ni al diablo siquiera, cayó de rodillas á los pies de su ingrata y cruel Kumai, la que nunca había querido acceder á los deseos de Kaiti, que, abrasado por un apasionado amor, la asediaba de continuo, haciendo mil locuras y desatinos por verse correspondido.

Era Kumai una linda japonesita; pero bella con arreglo al tipo japonés; es decir, una diminuta figura de biscoit, de delicadas formas y talle de avispa (no sé si tendría ponzoña); el rostro, estrecho y largo, en forma de sabroso melón; pelo color azabache, muy suave y cerdoso, digo, sedoso; ojos de oblicuidad deliciosa; labios gruesos, ávidos de besos, y sonrosadas mejillas.

La brusca é inesperada llegada de su apasionado amador hizo tornar en pálida cera el rosado tinte de su celeste rostro, y éste, lleno de turbación y á la vez de audacia, se apoderó de sus manos (que ella no tuvo valor para retirar), y cubriéndolas de besos, la pedía con vehementes frases accediera á su pasión avasalladora, inmensa.

Lo que pasó en el interior de la espiritual y suavísima Kumai no lo sabemos; pero lo cierto es que la honesta y virginal, insensible á las súplicas y ame-

nazas, ante la vista de su pretendiente ensangrentado, parece que sintió que su sangre ardia con un fuego erótico, y, abrasada por un voluptuoso deseo por primera vez sentido, fué devolviendo beso por beso, caricia por caricia, hasta caer en los brazos de Kaiti, que la recibió en ellos con visible satisfacción y grandes pruebas de ser hombre robusto.

Como verán ustedes, el amor en Yokohama no se diferencia apenas, en su modo de ser y de manifestarse, del amor de Oriente. Hay, sí, la pequeña diferencia de los veinticinco «sens» de daga sepultados en el vientre del rival importuno; pero esto no tiene importancia, y, á la postre, tampoco constituye diferencia sensible.

LUIS F. ROS.

FOTO

grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos, sellos españoles. D. Leonard, sucesor.

Rua Barao Sao Cosme,

OPORTO (PORTUGAL)

(Franquear sobre con sello, de 10 cts.)

HOMBRES

Faltos de energías, nerviosos, musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesados, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Establecimiento tipográfico de «El Liberal».

LAS GRANDES OBRAS ERÓTICAS

COLECCION UNICA, A UNA PESETA EL TOMO

Las mejores y más atrevidas historias galantes de la antigüedad, recopiladas de los documentos originales, por Diego Quijano.

Los grandes orgias del sensualismo, estudio histórico, por Jean Pourget.

Cómo caen las mujeres, episodios de la vida real recopilados por J. Lozano Cibeira.

Cada tomo con artística cubierta á todo color. Pídase en todas las librerías y kioscos, y á la editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que las remite franco de porte, contra envío de su valor en sellos ó giro postal.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados.)—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjase *únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas.—Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. • Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al Extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar. Los pedidos con su importe, diríjase *únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*

LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

ESTABLECIMIENTO

TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Folletos. —
:: Memorias, etc., etc. ::

Marqués de Cubas, 7.-Madrid